

15 céntimos el número



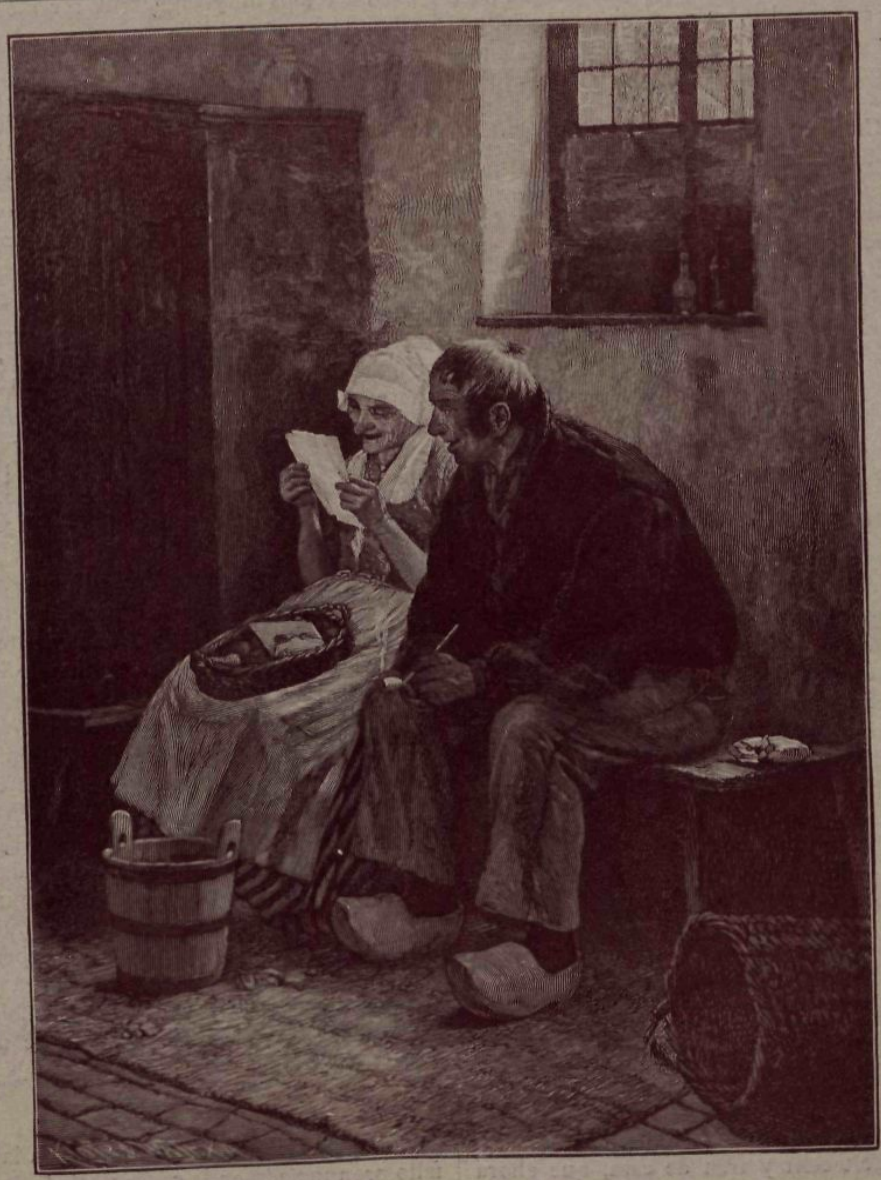
LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 8 Abril de 1893

Núm. 45



BUENAS NOTICIAS. — CUADRO DE C. MULLER MASZDORF

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—Reservado para señoras, por PABLO DE GARROS.—La cascada y la campana, facsímil de una poesía de PABLO PIFERRER.—Las grandes selvas californianas, por JOHN MUIR, de *The Century Magazine*, traducido por J. COROLRU.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos.

Grabados.—Buenas noticias, cuadro de C. MULLER MASZDORF.—«Jorn de gloria», grupo en yeso de JUAN MASSÓ Y HUGUET.—Pablo Piferer.—LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout.—Descendiendo al valle.



Crónica

EL ministro de Marina señor Cervera ha abandonado por fin su puesto. Y decimos por fin, porque hace tiempo que se venía hablando de su salida del gabinete por no estar conforme con sus compañeros en el asunto de las economías. Querían los demás ministros, y muy especialmente el señor Maura, que lo es de Ultramar, que el señor Cervera introdujera por lo menos una rebaja de dos millones de pesetas en su departamento para el año económico de 1893 á 1894. Aquel ministro, siguiendo á no dudar los deseos de la gran mayoría del cuerpo á que pertenece, se resistió á la exigencia y señaló únicamente un millón de pesetas en concepto de rebajas. Esto no satisfizo al gabinete y de ahí la dimisión. Echóse en seguida el señor Sagasta á buscar en la nómina del alto personal de la armada quien pudiese sustituir al dimitente, empresa ardua, porque todos les tienen asco á las economías. Después de haberse indicado al señor Valcárcel, quedóse al último en que sería ministro de Marina el contraalmirante señor Pasquín, como así ha sucedido.

* * *

Muy alborotados trae á los propietarios de fincas urbanas el ministro de Hacienda señor Gamazo, con las disposiciones que ha dictado sobre la declaración de la riqueza de aquel carácter é investigación luego, con objeto de evitar y castigar las ocultaciones. Fijóse el plazo del 31 de Marzo para la presentación de las declaraciones por los propietarios, y éstos, considerándolo muy corto, acudieron al referido ministro haciéndole ver las dificultades de llevar á cabo en seguida lo que se les exigía y pidiéndole que prorrogue el plazo. El señor Gamazo se ha mostrado inflexible, negándose á conceder ninguna prórroga, cosa desacostumbrada en nuestra administración. La propiedad en general, así la rústica como la urbana, está atravesando un período crítico. La renta se merma de año en año, y es cosa sabida que, especialmente en la propiedad agrícola, los amos salen perdiendo en sus fincas á poco que resulte desmedrada una cosecha. Aunque sosteniéndose mejor la propiedad urbana, no deja tampoco de encontrarse sometida á cierta depreciación, acaso porque todo el mundo, en los últimos años, ha alargado más la pierna de donde alcanza la sábana, imponiéndose gastos en alquiler de habitación y tren de casa, que ahora

han de reducirse forzosamente. Pues bien, todo esto debería tenerlo en cuenta el ministro de Hacienda, mostrándose algo más complaciente. Por otro lado, las disposiciones á que aludimos, con las medidas fiscales que se plantearán, serán nuevo origen de abusos como los que tienen justamente irritados á los contribuyentes. Es cierto que por desgracia algunos de ellos no han sentido escrúpulo en defraudar al Estado por contribución, pero no es menos verdad tampoco que los llamados investigadores producen repetidamente un mal mayor que el que se trata de evitar, ya que á ellos se deben abusos y defraudaciones que redundan en definitiva en daño más crecido para el Erario. A evitar las ocultaciones y á suprimir los investigadores y denunciadores deberían tender los esfuerzos de nuestros Gobiernos, estudiando para ello un sistema serio, bien fundado y que no se basase, como ahora, en la existencia de agentes repulsivos, que han de procurarse sueldo, por no tener señalado ninguno, ó con el tanto de las denuncias ó con lo que les produzcan sus complacencias y connivencias con los propietarios.

* * *

Quando tanto se ha hablado del régimen económico de Francia, sobre todo por lo que se refiere á nuestro país, creemos muy dignas de ser meditadas y tenidas en cuenta las observaciones que hace el diario de París *Le Temps*, nada contrario á la República.

«Durante el año 1891,—escribe el citado periódico,—que fué el que precedió á la ruptura de nuestros tratados de comercio, nuestro tráfico con España ascendió á 592.741,000 francos; en 1892 descendió á 425.222,000; es decir, una disminución de 167.519.000 francos. Dicen ahora que el perjuicio sufrido por España es insignificante, que nuestras tarifas son para ella verdaderas tarifas de favor. Pero en realidad, ¿cuánto ha perdido Francia en aquella disminución de negocios? Nuestras exportaciones han disminuído en 43.049,000 francos, mientras que en España las ventas han menguado en 124.470,000 francos. La exportación de España á Francia en 1891 fué de 411.639,000 francos, mientras que el año último fué de 287.169,000. Y en el mes de Enero de 1893 el movimiento de disminución parece que se ha hecho más sensible: nuestras ventas han retrocedido de 17.098,000 francos á 9.380,000; las de España en Francia han bajado de 67.88,000 francos á 21.868,000 francos. He aquí cómo se desmiente que nuestras tarifas no hayan ejercido influencia alguna en el comercio de ambos pueblos.

»Como estos resultados se refieren al conjunto de cambios con España, se podría creer que los vinos no han sufrido estas modificaciones. Pues bien, he ahí lo que nos dicen sobre esta materia los documentos oficiales de la aduana francesa. Al paso que durante 1891 España nos vendió 9.668,380 hectólitros de vino, en 1892 no nos vendió sino 5.602,454. En Enero de 1893 nuestras compras han descendido á 473,491 hectólitros, al paso que en Enero de 1892 fueron de 1.729,793. Si ante semejantes variaciones se persiste en decir que nuestros nuevos aranceles no son sino una pura ilusión y que el deber del Gobierno es preparar una vigorosa ofensiva contra los productos de España en general y los vinos españoles en particular, creeremos que quien tal diga comete un error y quizás una temeridad.»

* * *

Grande escándalo ha producido en la nación vecina el fallo pronunciado en la causa titulada de corrupción, por

el debatido asunto del Canal del Panamá. El jurado dió veredicto afirmativo respecto de la culpabilidad de MM. Blondin, Lesseps y Baihaut, y negativo por lo que toca á MM. Fontanes, Sans Leroy, Beral, Dugué de Fauconnerie, Gobron y Proust. Algunos periódicos han dicho sin rebozo que todo cuanto se había hecho era la comedia de la justicia, y otros, á propósito del voto recaído en la Cámara de los diputados sobre una orden del día dando carpetazo á todo lo del Panamá, añaden que la Cámara ha querido apagar la luz. Indudablemente el cieno en esta cuestión rebosa por todas partes, y revela un estado tristísimo de inmoralidad contra el cual es preciso una propaganda activa y constante por parte de todos los hombres de bien, sean cuales fueren sus opiniones políticas.

* * *

La ley de reorganización del ejército alemán, que fué presentada al *Reichstag* por el canciller imperial Caprivi en 28 de Noviembre del año pasado, ha sido rechazada en segunda votación ante la comisión militar del Parlamento. Los representantes de casi todos los partidos votaron en contra, y sólo el canciller alcanzó para su proyecto los votos de algunos conservadores. En este estado se prevé que la tercera votación será también contraria á la ley proyectada y entonces se pregunta todo el mundo—porque la cosa á todos interesa—¿qué harán el canciller y el Gobierno? La opinión más extendida es la de que será disuelta la Cámara del *Reichstag* y que se procederá á nuevas elecciones, siendo muy contadas las personas que piensan en la posibilidad de que el canciller imperial presente al Parlamento su nuevo proyecto con modificaciones importantes. Hay quien entiende que este fracaso puede originar la caída del general Caprivi, pero esto es juzgar la política del imperio de Alemania como la de un Estado en donde la corona tenga menos autoridad y fuerza personal de los que allí goza el Emperador. Si éste sigue otorgando su confianza al actual canciller, á pesar de las votaciones contrarias del Parlamento, no dejará éste su puesto, sino que lo conservará para desarrollar desde él los proyectos de Guillermo II, luchando con los partidos hasta donde le fuere posible, que es lo mismo que realizó Bismark en algunos casos durante su mando.

* * *

Los norteamericanos podrán oír la voz de su Santidad el Papa León XIII. Esta maravilla se deberá al fonógrafo. Nuestros lectores saben que el fonógrafo, el curiosísimo invento de Edison, reproduce con mucha fidelidad toda clase de sonidos, entre ellos la voz humana. Pues bien, hace pocos días Mr. Esteban Moriarty fué admitido en audiencia por el Papa y le presentó el fonógrafo, suplicándole que ante él pronunciase algunas frases, á lo que accedió benévolamente León XIII. Este aparato será llevado á la Exposición de Chicago, y he ahí por donde resonarán por vez primera en los Estados Unidos las palabras del sabio Pontífice.

B.

Reservado para señoras



ALÍ de la escuela de Saumur con buenas notas y fuí nombrado subteniente del 16.º de coraceros en Lunéville, de lo cual me alegré muchísimo, porque el coronel del 16.º era un antiguo amigo de mi familia y decían que me quería mucho, aunque yo apenas le conocía personalmente. Volví por algunos días al

hogar paterno, y allí, en dulce beatitud, gocé la calma reparadora del campo, hasta que una hermosa mañana, á últimos de Octubre, recibí orden de incorporarme inmediatamente á mi regimiento.

—¡Hola! ¡hola! me dijo mi padre, ¿se irá calentando la cosa?...

—No creo, contesté, ya sabes que á nosotros siempre suelen comunicarnos las órdenes con muy poca anticipación.

Una vez le hube tranquilizado con estas palabras, no pensé más que en obedecer, y lo hice de tal manera que aquella misma tarde ya estaba en París, y á cosa de las ocho de la noche, algunos minutos antes de la salida del *express*, me paseaba por el andén de la estación del Este buscando en los vagones un compartimiento vacío.

—¿Va usted en el *express*? me preguntó un empleado complaciente.

—Sí.

—Pues mire, si quiere usted subir, aquí no hay nadie.

Y abrió la portezuela de un compartimiento que llevaba el rótulo de: FUMADORES.

Torcí el gesto, porque no me hacía mucha gracia encerrarme en aquella especie de tabaquera ambulante; pero, al fin y al cabo, allí tenía grandes probabilidades de ir solo y á mis anchas durante todo el viaje, así es que, dando gracias al empleado, me metí en seguida en aquel departamento.

Hacía frío: bajo el gran cobertizo de la estación soplabá un viento glacial. Envolvíme en un inmenso *ulster* que me cubría hasta los talones, amontoné á mi alrededor cuantas prendas de abrigo tuve á mano, me hundí hasta las orejas un gorro bearnés auténtico, y con los pies bien puestos sobre el calorífero, me preparé resueltamente á pasar la noche con el mayor *confort* posible.

Como esperaba, nadie vino á estorbarme. A las ocho y veinticinco minutos sonó una campanada, el tren partió y nos lanzamos á todo vapor al través de la negra noche. El movimiento monótono y regular de la marcha fué entorpeciendo mis sentidos y empecé á dormitar ligeramente.

Un silbido, dos ó tres sacudidas por la brusca presión del freno, y paramos.

—¡Chateau-Thierry! grita la voz ronca de un empleado.

Entreabro los ojos, estiro una pierna y... ¡brrr! un soplo glacial me da en el rostro: la portezuela del lado opuesto se había abierto bruscamente y una joven se metía presurosa en mi departamento como un torbellino.

—Vamos, pensé, he ahí una señora que no le teme al humo del tabaco.

Ví que un empleado le iba dando varios paquetes desde

el andén; así es que no juzgué necesario abandonar mi cómoda postura y ayudarla. El tren se puso otra vez en marcha.

—Adiós, tía, dijo la joven, adiós: hasta la vista.

—Adiós, hija mía, contestó afuera una voz algo cascada; abrígate bien, no vayas á resfriarte. Afectos á papá y mamá... Buen viaje, Berta, hasta la vista...

¡Ah! ¿conque se llamaba Berta? Bonito nombre: la que lo llevaba no podía menos de ser también muy bonita. Esta vez abrí los ojos de par en par, y miré.

Al salir de París había corrido la cortinilla de la lámpara que iluminaba el vagón de manera que la luz no me diera en los ojos: así es que ahora me hallaba completamente en la sombra, mientras mi compañera estaba en plena luz.

Era efectivamente muy bonita: cabellos negros un poco embrollados por el viento, rasgos de exquisita finura, ojos muy grandes que me parecieron azules, talle elegante ajustado en una chaqueta de paño: vamos, un conjunto excelente.

Aquella señora,—sería una señora, porque una señora, viajando sola y á tales horas no se comprendía,—colocó sus paquetes, deslió mantas y abrigos, y después echó á su alrededor una ojeada rápida é inquieta. Ví que me miraba con atención, pero yo, hundido en las inmensidades de mi *ulster*, me llamé quieto. Mostróse un poco contrariada, reflexionó algunos instantes, titubeó, lanzóme otra mirada investigadora como si quisiera penetrar la oscuridad que me rodeaba, y al fin se decidió á sacar de su maleta una especie de *matinée* de franela rayada y una ancha valona de pieles; quitóse la chaqueta y el cuerpo del vestido y se puso en vez de ellos las antedichas prendas más flexibles y cómodas para dormir. Hecho esto se tendió en su rincón, abrigóse, y pareció decidida á abandonarse á la buena voluntad de Morfeo.

Aunque yo no había perdido un solo detalle de aquella transformación de mariposa en crisálida, que había sido para mí un espectáculo de los más atractivos, no hice el menor movimiento que pudiera alarmar el pudor de mi vecina. Ella indudablemente me había tomado por una mujer: no cabía otra explicación por más que ésta me pareciera muy extraordinaria y me hiciera reír silenciosamente bajo mis nacientes bigotes. Entretanto mi compañera, ajena á toda preocupación, parecía irse adormeciendo.

No hacía ya viento, y el cielo se había despejado: seguramente helaba, pues los cristales estaban empañados y el blanquecino vapor que los cubría se solidificaba en algunos sitios.

¡Media noche! ¡Las doce y media! ¡La una! ¡Y yo sin poder pegar los ojos! Cualquier detalle insignificante me distraía y me desvelaba.

—¡Frouard! ¡Frouard! ¡Tres minutos de parada!

Me incorporé, desembarazándome rápidamente de los chismes que me rodeaban, y salté al andén. ¡La naturaleza tiene á veces unas exigencias!... Eché á correr tan aprisa como lo permitía mi largo abrigo: primero, porque las corrientes de aire que suelen sentar sus reales en las estaciones ferroviarias pueden ser mortales para el que sale de un vagón bien calentado, y después porque no tenía la menor gana de que el tren me dejara abandonado en aquel rincón de mundo de Frouard.

Gracias á la prisa que me dí para librarme de una y otra cosa, pude llegar al vagón en el preciso momento de dar el jefe de estación la señal de partida: subí precipitadamente y... ¡horror!—con sólo recordarlo se me hiel

la sangre,—mi pacífica vecina, que yo acababa de dejar tan graciosamente dormida, se había levantado de un salto al verme entrar y estaba en pie delante de mí en la irritada actitud de una vestal á quien se intentara robar el fuego sagrado.

—¡Caballero! dijo con voz vibrante, está usted cometiéndome una indignidad. No, lo que es ahora no entra usted, no lo tolero.

Y se plantó resueltamente frente de mí para cortarme el paso. El jefe del tren, que me había visto en actitud de subir, dió la última señal: ya no era posible retroceder. Aunque desconcertado por tan singular acogida, ante la cual me hubiera retirado galantemente en otras circunstancias, como las presentes no daban siquiera lugar á reflexión, vencí el débil obstáculo que la joven me oponía y entré en el compartimiento volviendo á cerrar la portezuela mientras el tren se ponía otra vez en marcha. Mi compañera retrocedió á pesar suyo, dando un pequeño grito medio ahogado, echó á su alrededor una mirada ansiosa como buscando el botón de alarma, que no acertó á encontrar en la semioscuridad, y acabó por dejarse caer en el asiento abatida, resignada y como esperando de un momento á otro el ser degollada por lo menos.

Entretanto yo había recobrado mi sangre fría, y acercándome discretamente á la joven, le dije con la mayor suavidad posible en la voz:

—Cálmese usted, señora, yo se lo suplico. ¿Qué teme usted de mí? ¿qué he hecho yo para excitar en usted tal indignación?

Levantó hacia mí sus grandes ojos negros (eran negros, antes me había equivocado) en los que la cólera brillaba todavía.

—¡Lo que usted me ha hecho! exclamó con voz entrecortada por la emoción, ¿y se atreve usted á preguntármelo? Ha hecho usted una cosa indigna, repugnante... ¡Abusar así de la confianza de una mujer! ¡Desfigurarse bajo los abrigos para... vamos, es una atrocidad!...

Y ocultó el encendido rostro entre las manos.

—Pero, repliqué, ¿cómo podía yo impedir que subiera usted á este compartimiento?

—Si usted hubiera hablado, ó, al subir, me hubiera ayudado, ó hubiera hecho, en fin, algo para evitar toda confusión...

—Si no me ha dado usted tiempo... Apenas entró usted empezó á mudar de traje (aquí la joven hizo un gesto de desesperación); pero aseguro á usted, señora, que en aquel momento cerré los ojos tan... á conciencia, como si estuviera durmiendo.

—¿Es verdad esto? preguntó un poco más tranquila.

—Se lo juro á usted.

Hizo un movimiento con la cabeza como si no acabara de creerlo.

—Pero, añadió con tono otra vez altanero, si no hubiera usted estado donde no debía, todo esto no habría sucedido.

—¿Cómo donde no debía? Pues me parece, señora, que estaba yo aquí antes que usted.

—¿Y desde cuándo es permitido á los caballeros el introducirse en un *reservado para señoras*? Si en Chateau-Tierry yo hubiera advertido la presencia de usted, no hubiera faltado un empleado que atendiera mis reclamaciones.

—¿Cómo, *reservado para señoras*? exclamé yo, ¡esta sí que es buena! Precisamente en París he tomado este compartimiento de *fumadores* con la esperanza de estar solo. Y confieso que al verla á usted subir, me dije que

seguramente no le tenía usted miedo al humo del tabaco cuando se resolvía á estar aquí.

—No, no venga usted ahora á fingir sorpresa para excusar su felonía. Ha combinado usted un plan y...

—Dispense usted, señora: digo y repito que he subido en un compartimiento de *fumadores*, y que, por consiguiente, no podía prever el honor de viajar con...

—Pues yo, caballero, insisto en que he tomado un *reservado para señoras*, y que, por tanto, estaba muy lejos de imaginar que un hombre se atreviera...

—Dispense usted, pero...

—No, no; permítame usted que...

—Voy á probarle á usted fácilmente...

—Más fácilmente le demostraré yo que...

Simultáneamente nos dirigimos á nuestros respectivos sitios y pasando el brazo por la ventanilla procuramos arrancar cada uno un rótulo justificativo.

—¡Qué fuerte está! exclamó ella con gesto de impaciencia.

—¿Me permite usted?... le dije obsequioso.

—No, ya está... Va á quedar usted confundido...

Uno y otro aproximamos las planchas á la luz: la joven leyó en alta voz:

—*Reservado para señoras*. ¿Ve usted?

Y yo al mismo tiempo:

—*Fumadores*. ¿Se da usted por vencida?

Con rápida ojeada comprobamos la verdad de nuestras respectivas afirmaciones, y nos miramos soltando la cajada.

La cólera había desaparecido como por encanto, sucediendo á ella un acceso de risa, al que me asocié cordialmente.

—¡Bah! tanto da, dije yo al fin; pero esta administración es deliciosa...

El estrépito del tren al pasar con grandes sacudidas por encima de las plataformas rotatorias de una estación vino á interrumpirme.

—¿Ya estamos en Nancy? preguntó mi compañera admirada y procurando recobrar la formalidad.

El tren iba reteniendo su velocidad; la joven se asomó á la ventanilla de mi lado.

—¡Ah! ¡aquí está papá! exclamó con alegría.

Abrió la portezuela, y ella saltó del tren echándose en brazos de un caballero de aire marcadamente militar, alto, flaco, con bigote gris, y condecorado con la roseta de la Legión de Honor.

Bajé también yo, y al pasar al lado de padre é hija oí que aquél decía á ésta á media voz:

—¿Has viajado sola con este caballero?

Ella volvió la cabeza llevándose á su padre, y no pude oír la respuesta que le daba.

Mientras me dirigía al *buffet* iba pensando para mí:

—¿Dónde diablos he visto yo aquella cara? No me es del todo desconocida.

Veinticinco minutos después nos encontrábamos los tres á la puerta del mismo compartimiento. Mi compañera de viaje fué la primera en subir muy placentera y nada cohibida.

Entretanto el anciano me miraba con atención á la luz temblorosa de un mechero de gas cercano.

—Dispense usted, caballero, dijo después de una corta vacilación y tocando el ala de su sombrero, ¿sería usted Gastón de Verdrel?

—Servidor de usted, contesté inclinándome.

Tendióme ambas manos.

—¡Esta sí que es una coincidencia de buen agüero, querido mío! Probablemente usted no esperaba que su coronel viniera á recibirle.

Quedé unos instantes sin saber qué decir.

—¡Mi coronel! balbuceé al fin haciendo el saludo militar.

—Y papá, ¿cómo sigue, mi querido Gastón?

Más perturbado cada vez, contesté las trivialidades usadas en tales casos. ¡Qué mala suerte! ¡vaya una ocasión de presentarse uno á su jefe!

Éste, que observó mi preocupación, me empujó familiarmente hacia el compartimiento diciéndome:

—Subamos: el tren va á salir dentro un minuto. Conque, añadió riendo, el señor coracero iba á incorporarse al regimiento viajando en *reservados para señoras*, y con señoritas, que es mucho peor.

Los dos rótulos reveladores estaban aún sobre el asiento. La hija de mi coronel,—ya no había duda,—me los señaló con la mirada, y los tres nos reímos otra vez con la mejor gana.

—Mi coronel, dije yo humildemente; ya ve usted que no soy tan culpable como parece.

Berta hizo un gesto de pudor ofendido.

—Bueno, bueno, añadió el coronel; ahora está usted ya bajo mi mando, amigo mío, y sabré imponer á usted la corrección que se merece.

No puedo menos de desear á todos mis compañeros los oficiales jóvenes un castigo semejante. Me casé con Berta á los dos meses.

Desde entonces tenemos en gran veneración estas planchas blancas y azules que se fijan en las portezuelas de los vagones, por más que sólo prestamos á las inscripciones que contienen una confianza muy relativa. Se dice que la sociedad de *fomento del matrimonio* es la que intencionadamente provoca ciertas confusiones en el servicio de ferrocarriles.

PABLO DE GARROS.



La cascada y la Campana.

En cañada sombría — una cascada zumba,
 de las peñas tajadas furiosa se derrumba,
 y el negro sumidero — en que bota y retumba
 la engulle toda.

He aquí que en lo mas hondo, — entre la niebla oscura
 que la espuma levanta, misteriosa figura
 asomaba la cara: con siniestra amargura
 me sonreía.

“ — Tú que el abismo miras, mira en esta cascada
 “ del destino del hombre la imagen retratada:
 “ salta, brilla, retumba, se abisma, se anonada;
 “ después ¿ que es de ella ?

“ Un mas allá no busques ni á ella ni á tu muerte:
 “ jovea caminos y brilla; difunde varon fuerte
 “ el son de tu renombre: después vendrá la muerte
 “ á anonadarte — ”

Del vértigo hecho presa, cedía al parasismo;
 nubló'seme la vista clavada en el abismo:
 — cuando con son lejano retornóme á mí mismo
 una campana.

Abri atento el oído; su palabra sonora
 desde el valle me dijo: “ — Tu, hombre, espera y ora,
 “ para que esta jornada, do todo dolor mora,
 “ la cumplas fuerte.

"Cuán dolorosa es breve, el sepulcro su fin:
 "mas allá está tu patria, un eterno confín,
 "y allí tormento eterno o el celestial festín:
 "dirálo el Juicio.

"La imágen de tu suerte contempla en los cascadas:
 "en la roya del peñasco — entera se anonada;
 "mas por caño escondido rebrota en la Manada
 "formando río.

"¿Lo ves que todo el valle serpentea y fecunda?
 "su corriente á cien villas de riquezas inunda;
 "hasta que en el océano — con eterna y profunda
 "unión se abisma.

"Dentro t' propio Nexus un destello divino:
 "su patria no es la tierra; el cielo es su destino,
 "Dios su océano inmenso: ¿dudas por el camino?
 "ora y espera — "

—
 Su eco de pena en pena quebrantándose espira;
 el sol la roja cúspide por ver portera mira;
 el aura vespertina — en las ramas suspira:
 cayó la tarde.

—
 Vilamajón 21 de setiembre de 1865

P. Piquer.



JORN DE GLORIA

GRUPO EN YESO DE JUAN MASSÓ Y HUGUET



PABLO PIFERRER



Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout. El *Capitán* á la izquierda, la *Cascada del velo nupcial* á la derecha y la *Media naranja* en lontananza

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

AL tratar este importante asunto, es imposible no recordar en primer término las estupendas maravillas acumuladas por la naturaleza en el célebre valle de los Yosemite.

Esta interesante comarca, situada en el seno de Sierra Nevada, tiene inefables atractivos para el viajero, ora sea turista, botánico, geólogo ó mero amante de la soledad y de sus poéticos encantos. El que emprenda la excursión sin sentirse impulsado por ninguno de estos móviles, no puede encontrarla pesada ni se arrepentirá seguramente de haberla hecho, pues la distancia de San Francisco al valle no llega á doscientas cincuenta millas, que representan uno ó dos días de viaje en tren ó en coche. Por otra parte, es tan hermoso el camino, que se hace con el ánimo constantemente embelesado y, en aquellas regiones, la serenidad de los cielos puede decirse que es un fenómeno perenne.

¡Cuán vivamente vuelven hoy á mi memoria, tras un período de veinte años, las gratas impresiones de mi primer viaje al país de los Yosemite!

Era el mes de Abril y yo había hecho la excursión á pie desde Oaklan, que se halla en la bahía de San Francisco; lo que equivale á decir que estábamos en la estación de las flores, en las tierras bajas y del litoral. El paisaje estaba brillantemente iluminado por los rayos solares, las alondras cantaban en los campos y las flores cubrían las colinas con tal profusión que éstas parecían pintadas, y yo me complacía en cruzar despacio aquellos amenos jardines, los primeros en los cuales me ha sido dable contemplar la flora californiana. Hasta aquí los rebaños y los campos cultivados, sólo de tarde en tarde manchaban el fondo del paisaje, y yo avanzaba sin dirección fija, pensando que los

yosemite moraban hacia el Este de la comarca y que más ó menos tarde había de encontrarles.

Una hermosa mañana, á la entrada del desfiladero Pacheco, desplegóse ante mis ojos un paisaje que, después de mis muchas excursiones, aún revive en mi memoria como el más divinamente bello y sublime que he visto. Extendíase á mis pies la gran llanura central de California, semejando un lago de treinta ó cuarenta millas de ancho por cuatrocientas de largo, ó una rica alfombra de oro tendida sobre el llano. A lo largo de la costa oriental de este lago de oro alzabase la riscosa sierra, tranquila y majestuosa en su grandeza y reflejando tan intensos colores que no parecía estar vestida de luz, sino compuesta exclusivamente de ella, como la muralla de una ciudad celeste. Allá en la cumbre empezaba una región nevada parecida á un cinturón de perlas cenicientas; más abajo, veíase otro cinturón de púrpura oscura y azul señalando la extensión de las selvas, mientras que al pie de la cordillera veíase otra de púrpura rosada. Es el punto donde se encuentra el oro de las minas y los jardines radiantes de color que parecen rodear el monte de un muro luminoso, transparente como el cristal, inefablemente hermoso y duro como el diamante.

Parecióme entonces que no debía llamarse aquella la Sierra Nevada, sino la cordillera de la luz. Diez años después, hallándome en medio de la comarca, llenábame de admiración y de regocijo contemplando los torrentes de luz que la bañan, los ardientes rayos del sol matutino quebrándose en los picos de los montes, la profusa irradiación del sol del medio día en el cristal de roca, los fulgores que brotan de unos peñascales que parecen incandescentes y las mil deslumbradoras cascadas que se

despeñan levantando una nube en la cual fulguran todos los colores del arco iris. Pero las bellezas de la tierra son todas limitadas. Los esplendores de la soledad apártanse de la gran llanura central, su flora se desparrama como suele hacerlo en las regiones montuosas, y en el valle de los Yosemiteas la protección del gobierno es impotente para hacer que sean perennes las cosas perecederas.

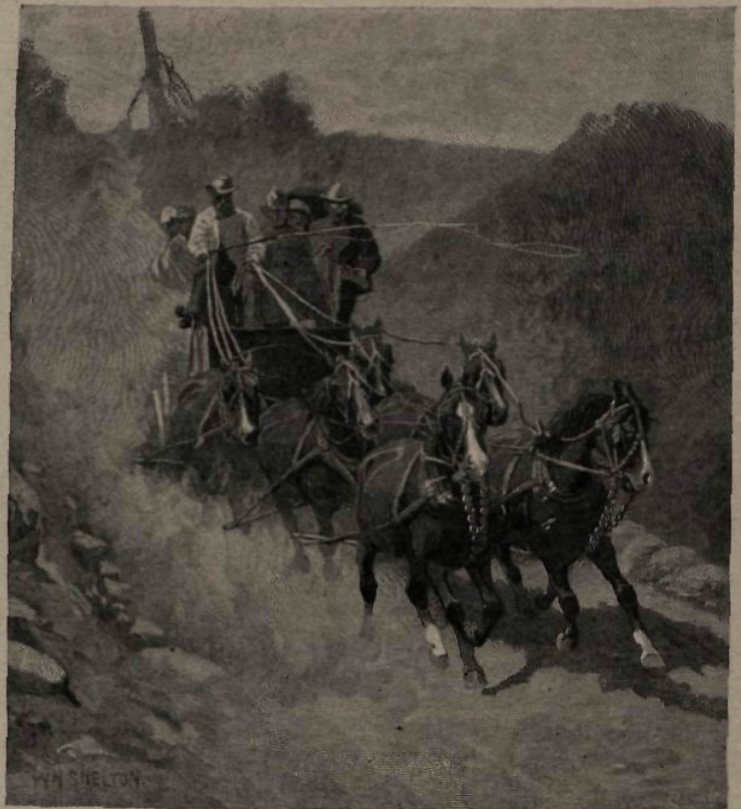
La Sierra tiene como unas quinientas millas de largo por setenta de ancho y una altura que varía desde siete á quince mil pies. Por punto general, no se ven en ella las pisadas del hombre ni nada que pueda dar una idea de la maravillosa profundidad y grandeza de su escultura. Ninguna de sus magníficas cumbres coronadas de selvas parece elevarse gran cosa sobre el nivel general como pregonando su riqueza. No se ve ningún valle extenso, ningún río caudaloso, ningún macizo de formas bien determinadas y características que llamen especialmente la atención del viajero. Hasta las cimas alineadas una tras otra, que orgullosamente se elevan hacia el firmamento, parecen comparativamente poco encumbradas y de vagos contornos. Con todo, la cordillera está surcada por muchos cañones hasta una profundidad de dos mil á cinco mil pies, en la cual hubo antaño majestuosos ventisqueros y por donde corren y murmuran hoy los brillantes ríos de la Sierra.

Aunque de tan estupenda profundidad, estos cañones no están húmedos, no son lóbregos ni inaccesibles. Acá y acullá los cruzan una multitud de ásperos senderos que luego, por una suave pendiente, conducen á los manantiales de la cima varios caminos llenos de vida y de luz formados por los antiguos ventisqueros y presentando en su curso una rica variedad de nuevas y seductoras perspectivas, las más preciosas que se han descubierto en todas las cordilleras del mundo. En muchos parajes, particularmente en la región media de la falda occidental, los cañones principales terminan en espaciosos valles ó parques de encantadora belleza, llanos extensos ostentando praderas y espesuras de floridos matorrales, mientras que los grandes valles, infinitamente variados, presentan una multitud de floridos arbustos de varias especies y verdor perenne y encinas arraigadas en mil estrechos parajes, cruzando el paisaje una multitud de murmuradas rocas corrientes que saltan espumeando por las dentelladas rocas formando cascadas de caprichosas formas hasta juntarse con el resplandeciente río que corre entre ellas con majestuosa calma.

El más famoso y accesible de estos valles cañones, y el que ofrece más sorprendentes y sublimes aspectos, es el de los Yosemiteas, situado en la región más elevada de las aguas de la Merced, á cuatro mil pies sobre el nivel del mar. Tiene cerca de siete millas de largo, media de ancho y próximamente una de profundidad y es su lecho un sólido granito de la cordillera. Lo limitan las montañas y una serie de enormes peñascos, separadas entre sí las primeras por varios cañones y desfiladeros. Están situadas de una manera tan armoniosa en un mismo nivel, que vistas en conjunto semejan un inmenso palacio ó un templo iluminado por luz cenital.

Pero no hay ningún templo edificado por la industria humana que pueda compararse con este valle. Todas las

rocas parecen allí seres animados. Unas se inclinan hacia atrás como en actitud de olímpico reposo; otras á una altura de miles de pies, parecen adelantarse hacia sus compañeras en postura meditabunda, dando la bienvenida á las tempestades, y las calmas, cual si tuviesen conciencia de ellas, aunque sin curarse de lo que pasa á su alrededor. No puede darse nada más imponente que su incommovible majestad, y sin embargo, ¡con qué elegancia están adornados estos enormes peñascos, cuya base descansa en alegres prados de color verde esmeralda y cuyas cimas se hierguen soberbias hasta el firmamento azul, ostentando un manto de flores bañadas por las mugientes aguas y por torrentes de luz deslumbradora, mientras la nieve, las nubes, los vientos y los aludes brillan, cantan y serpentean en torno, y los años van transcurriendo sin tre-



Descendiendo al valle

gua! Pájaros, abejas, mariposas y miriadas de alas sin nombre zumban en el aire llenándolo de armonía y de animación regocijada. Más abajo, entre la niebla, corre el cristalino río de la Merced reflejando en sus apacibles aguas los lirios, los árboles y las rocas más avanzadas; los tipos más frágiles y los objetos más duros y sólidos de la naturaleza en formas innumerables, cual si ella se hubiese complacido en reunir en aquel punto sus más preciosos tesoros, sin distinción de formas ni de tamaños para poner á sus adoradores en íntima comunión con ella.

Al dirigirse hacia el valle para remontar las alturas, nótese que las selvas y las corrientes de agua van haciéndose cada vez más ricas y salvajes. A una elevación de 6,000 pies sobre el nivel del mar los pinos *epicea* tienen 200 pies de altos con las ramas dispuestas en orden regular en torno de los corpulentos troncos y hermosamente penadas como las hojas del helecho. El abeto *Douglas* y los pinos amarillos y dulces alcanzan aquí su mayor grado de desarrollo, de hermosura y de grandeza, así como el

libocedrus de oscura corteza, con sus ramas de color amarillo ceniciento. Vese también allí la majestuosa *sequoia*, el rey de las coníferas «el más noble de una noble raza.» Estos gigantescos árboles, maravillosos por su hermosura, su talla y sus armoniosas proporciones forman una colección de coníferas superior á todas las que hasta hoy se han descubierto en las selvas más renombradas del mundo. Este es el paraíso de los aficionados á los árboles, que no pueden menos de extasiarse al visitar esta espesura iluminada á trechos por los rayos solares y en otros parajes sumergida en apacible sombra y en la cual un ambiente sano, aromático y voluptuoso recrea los sentidos, cuando echados sobre las ramas y la hojarasca contemplamos el centelleo de los astros al través del follaje, arrullados por el cadencioso rumor de las cascadas.

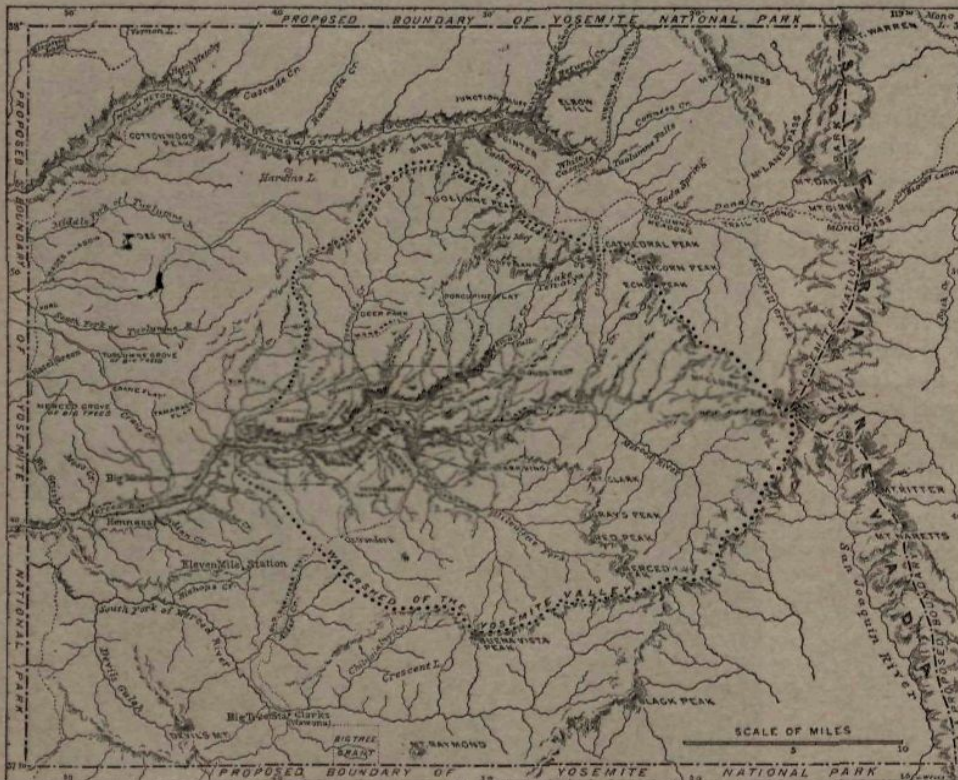
En las cumbres más elevadas que encontramos en

Rey sólo se ven algunos grupos insignificantes de estos vegetales, formando pequeñas espesuras diseminadas y quedando entre ellas dos espacios desnudos de unas cuarenta millas de extensión, el uno entre las selvas Stanislaus y Tuolumne y el otro entre las del Fresno y el río King. Desde aquí, y volviendo hacia el Sur, en vez de formar pequeños grupos aislados entre las demás coníferas, estos copudos árboles se presentan en majestuosa formación al través del camino y de las fragosas cuencas de Kaaweah y Tule, formando una imponente selva de unas setenta millas de largo por diez de ancho, sólo interrumpida por algunos profundos cañones.

El Fresno, que es el más espacioso de los bosques septentrionales, ocupa una área de tres á cuatro millas cuadradas, y está situado al Sur y á corta distancia del famoso bosque Mariposa. Al extremo del cañón situado en el

punto meridional de bifurcación del río King, hay un soberbio bosque de *sequoias* que no tiene menos de seis millas de largo por dos de ancho. Es el grupo de grandes árboles que más propiamente puede llamarse selva entre las varias espesuras del Norte.

Descendiendo la rápida bifurcación de las aguas en el punto donde se separan el King y el Kaaweah, éntrese en las grandes selvas que forman la más densa arboleda de aquella dilatada selva que á guisa de cinturón ciñe el valle, y avanzando hacia el Sur encuéntrase á cada paso más exuberante, alzando al cielo sus frondosas copas y serpentean-do con graciosas ondulaciones que dibujan la complicada topografía del terreno. La región más hermosa se halla en el camino de la cordillera entre Marble-Creek y la bifurcación del río y extiéndese desde los promontorios de granito que miran á las ardientes llanuras



nuestro camino el hermoso pino epicea — *Abies amabilis* — es el árbol que más abunda, formando densos grupos que avanzan hasta el borde del abismo por ambos lados en una grande extensión de terreno, á una altura de 8,000 á 9,000 pies sobre el nivel del mar; por manera que el valle de los Yosemiteas, con sus estupendas masas de granito desnudo, presenta por otro lado regiones cubiertas de magníficas selvas en las cuales se ven las principales especies de pinos, abetos, abedules y *libocedrus*. A la entrada del valle no se encuentran ejemplares de la *sequoia gigantea*. Las más próximas están á unos diez minutos más allá del límite de la concesión, á orillas de los pequeños tributarios del río Merced y del Tuolumne. Esos árboles descomunales forman como un cinturón á lo largo de la falda occidental de la cordillera desde el conocido *Bosque de las Calaveras*, al Norte, hasta el comienzo del *Arroyo de los Ciervos*, al Sur, en una extensión de dos centenares de millas y á la altura de 5,000 á 8,000 pies sobre el nivel del mar.

Desde las Calaveras hasta la bifurcación del Río del

hasta la distancia de algunas millas de las fuentes heladas. El límite extremo superior de aquel gran cinturón de bosques hállase entre los brazos central y meridional del Kaaweah á una elevación de 8,400 pies, y el grupo más hermoso de *sequoias* en la margen del brazo septentrional del río Tule. En los del Norte hay menos arbolillos, mientras que aquí por cada tronco añoso, por cada gigante marcado por el furor de las tempestades hay varios que ostentan los esplendores de la lozanía, y por cada uno de éstos una multitud de arbolillos que brotan por todas partes, sobre las piedras de los ventisqueros, al borde de los peñascos, en los lechos de los arroyos y en los profundos y húmedos aluviones de las praderas, como sedientos de participar de la vida eterna que les rodea.

Aunque la región poblada de vegetales presenta mayor densidad de arbolado, á medida que se va avanzando hacia el Sur, no puede decirse que se note en la misma proporción un aumento en la corpulencia de los árboles. La altura de 275 pies y el diámetro de 20 son tal vez las medidas comunes de los más copudos; no son raros los que

llegan á 25 pies de diámetro y hay muchos que tienen cerca de 300 pies de altura. El más corpulento que encontré en el curso de mis exploraciones es un viejo y majestuoso monumento de la selva del río King. Tiene 35 pies y 8 pulgadas de diámetro, descontando la corteza, una madera muy compacta y sin embargo fácil de cortar horizontalmente.

Cuando se hallan en condiciones favorables, estos gigantes viven de quinientos á seiscientos años, aunque por regla general son pocos los que llegan á la mitad de una edad tan avanzada. El sequoia parece estar completamente exento de las enfermedades que atropellan y matan á las demás plantas coníferas, como el mildew y otras clases de podredumbre. No he visto nunca un sequoia enfermo ni presentando señales de morir de pura decrepitud. Si no son destruidos por la mano del hombre, viven indefinidamente hasta que son abrasados por el rayo ó arrastrados por el desmoronamiento de las tierras en que están arraigados.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Buenas noticias

CUADRO DE C. MULLER MASZDORF

Bien se advierte que han tenido buenas noticias los dos ancianos de este cuadro, en la carta que están leyendo. Muy romo de entendimiento será el que no adivine de quién vendrán estas buenas noticias. De seguro que se trata de un hijo, de un pedazo del corazón de los dos viejecitos, del que ha de ser corona de su vejez y descanso en los postreros años de la vida. Sí, de un hijo tendrán buenas noticias marido y mujer, tal vez de un hijo que estará sirviendo al rey, cumpliendo con uno de los deberes que impone la patria. ¡Qué aire de beatitud ofrecen los dos rostros! ¡Cómo saborean las palabras de la carta que llegarán á sus corazones al modo de música celeste! ¡Cuántas esperanzas hará nacer en ellos! Todo esto lo ha pintado el artista alemán con verdad admirable y profundo sentimiento. Es preciso haber estudiado con cariño las gentes del pueblo para pintarlas con la maestría con que lo ha hecho el autor del cuadro que reproducimos, el cual, además de ser imagen de una escena popular, constituye también un canto á la vida de la familia expresado por medio del pincel y de la paleta.

Jorn de gloria

GRUPO EN YESO DE JUAN MASSÓ Y HUGUET

Acaban de salir victoriosos los dos catalanes que figuran en el grupo del joven escultor Massó, del que damos en este número una fototipia, directamente sacada del original. Al verlos se descubre al instante que debieron formar parte de alguna de aquellas mesnadas que con tan valiente pluma describió el egregio cronista Ramón Muntaner. Aire de almogavares ofrecen, de aquellos forzudos hombres, hechos á todas las inclemencias, que tenían por descanso el pelear, que iban «desnuda la testa,» como lo dice el mencionado cronista, atemorizando al Occidente y al Oriente con el poder de su hercúleo brazo. El autor del grupo ha modelado las dos figuras que lo constituyen con una energía que corresponde al carácter del asunto y á su expresión. Son en realidad dos forzudos catalanes de los tiempos heroicos de la Corona de Aragón. Sus rostros dicen bien la alegría de la victoria, y en sus actitudes nótese la expansión de regocijo que se produce en el hombre de guerra después de haber vencido al contrario.

Pablo Piferrer

Nuestros lectores habrán podido saborear en los pasados números una de las obras más sentidas y mejor pensadas de este insigne y malogrado maestro. Joven todavía escribió aquellas admirables páginas Pablo Piferrer, como joven también había escrito los artículos de crítica dramática que le han dado renombre de periodista, y la sustanciosa obra de los *Recuerdos y bellezas de España*, con la cual se adelantó á su tiempo. En 1848 falleció Piferrer en edad temprana, arrebatado por traidora enfermedad y llorado por todos los amantes de las artes y de las letras. Razón tenían para llorar amargamente su muerte. A su facilidad admira-

ble en el estilo, en el cual se nota un aire castizo de buena cepa, unía Piferrer un criterio seguro sobre todo cuanto se refiere á la estética y á la crítica literaria y artística. Sus juicios acerca de obras dramáticas representadas en su época pueden reproducirse hoy sin variarlos en un ápice, porque tienen todo el sentido de la crítica moderna, de la crítica que atiende principalmente á la intención y á las bellezas del fondo anteponiéndolos á los primores retóricos. En punto á crítica musical su estudio sobre el *Stabat Mater* de Rossini dice más que cuanto pudiéramos manifestar nosotros. Aquellos párrafos constituyen un verdadero tratado de estética musical, y las consideraciones finales sobre lo que ha de ser la música cristiana, la música del templo católico, las admitiría todas sin adicionarlas ni retocarlas el crítico musical más erudito de nuestros días y más enterado de las obras clásicas de la música cristiana, de las composiciones de los Palestrina y de los Victoria. El mérito de Piferrer es doblemente mayor, porque en su tiempo no era posible llevar á cabo estudios eruditos de historia artística que hoy se encuentran al alcance de muchos. Otro tanto hemos de decir de los *Recuerdos y bellezas de España*. Aún privaban, cuando los escribió, las teorías neo-clásicas en la arquitectura, y por centros docentes—por otra parte muy ilustrados—se tenía por hombre bárbaro y de mal gusto al que defendía siquiera la arquitectura ojival ó gótica. Pablo Piferrer, adelantándose á su época, como hemos dicho, emprendió no su defensa sólo sino su caluroso elogio en los capítulos de aquella obra de la que escribió casi toda la parte de Cataluña y todo el tomo de Mallorca. Allí puso de relieve que ninguno de los estilos arquitectónicos conocidos encaja tan admirablemente con las creencias y los sentimientos del Cristianismo como el estilo ojival. Con frase encendida, con descripciones de una precisión gráfica, con imágenes brillantes pintó los más preciosos monumentos del mencionado carácter que se conservan en Cataluña y en Mallorca, llamando hacia ellos la atención de los sabios y de los artistas y reclamando para los que se encontraban en ruinas una mano piadosa que los salvara de la destrucción completa. Quien lea las páginas de *Recuerdos y bellezas de España*, participará del entusiasmo del autor por las indicadas fábricas, y aun cuando no comparta del todo sus ideas en asuntos de arquitectura, no dejará de admirar el peregrino acierto con que las describe, las estudia y analiza, y hace valer todas sus excelencias. A todo esto se debe que hoy se pronuncie todavía, como se pronunciará por años y años, el nombre de Pablo Piferrer con acento de respeto y de admiración, conservándose aún viviente su memoria. Por ello hemos creído que nuestros lectores verían con gusto su retrato, que damos fielmente sacado del que le dedicó el artista belga P. C. Gariot, y cuyo parecido es exactísimo al decir de los que tuvieron la fortuna y la honra de tratarle. Reproducimos también en fiel facsímile una poesía autógrafa suya, composición sentida y vigorosa, que dejó como recuerdo á uno de sus amigos del alma.



Desde los tiempos más remotos se conoce y se aplica la cirugía, pero la medicina propiamente dicha, ó sea el tratamiento de las enfermedades internas, permaneció por muchísimo tiempo desconocido. Atribuyéndose las enfermedades á la cólera de los dioses, procurábase sólo aplacarla por medio de sacrificios y prácticas supersticiosas. La medicina parece tener su origen en Egipto: según la fábula, el dios Serapis la había enseñado á los hombres; de ahí el que tuviera por emblema una serpiente. Del Egipto se extendió por el Asia Menor. Los griegos la atribuían á su dios Esculapio: en Cos y en Cnido la enseñaban los Asclépidas, familia de médicos que, según los griegos, descendía del dios que lleva este nombre; también tenía un santuario célebre en el Epidauró.

A pesar de todo, hasta Hipócrates, en el siglo V antes de J. C., no vemos á la medicina formando una verdadera ciencia. El gran Hipócrates la sustrajo de la sujeción en que la tenían los vanos sistemas de los filósofos griegos y estableció la necesidad de la observación. El resumen de su doctrina se halla en sus célebres *aforismos*, que aún hoy día sirven de guía á los prácticos. A raíz de su muerte aparecen los *dogmáticos*, y su yerno, Polibio; éste, creyendo que el hombre se halla formado por cuatro humores á saber, la sangre, la pituita, la bilis amarilla y la atrabilis, considera que la salud es la conveniente proporción y

armonía entre estos humores, y las enfermedades la ruptura de su equilibrio; con estas hipótesis crea las bases del *humorismo*. Herófilo, en el siglo III antes de J. C., y Evasistrato en el II, crearon en Alejandría la anatomía y la fisiología, pero no saben sustraerse al espíritu de sistema. El primero se inclina al *humorismo* y en el segundo se halla el germen del *solidismo*. Las cuestiones que entre ambos se promueven hacen que sea acogido el *empirismo*, practicado al principio por Serapión de Alejandría y elevado y honrado más tarde por Heráclido de Tarento.

Transportada la medicina al cabo de mucho tiempo á Roma (siglo II antes de J. C.), vense aparecer allí nuevas sectas. Asclepiades, y su discípulo Temison, hacen del *solidismo* un sistema regular. Según ellos todas las enfermedades provienen de un exceso de compresión (*strictum*) ó de relajamiento (*laxum*) en los tejidos; la cuestión se reduce sólo á reconocer uno de estos dos estados y obrar en consecuencia. Este método, tan sencillo en la apariencia, fué causa de que se diera á sus adeptos el nombre de *metodistas*; esta escuela aplicó la sangría, y Temison introdujo las sanguijuelas. Más tarde Ateneo, Arquígenes y otros, combinando los sistemas anteriores, sacaron el *eclectismo*. Por último aparece Galeno, que empezó á ejercer su arte en Roma á mediados del siglo II de nuestra era, y que por más de 12 siglos fué el oráculo de la medicina. Según él, así como el mundo está formado por cuatro elementos, dotados cada uno de una cualidad propia, el fuego es *caliente*, el aire *frío*, la tierra *seca* y el agua *húmeda*, el cuerpo humano está formado por la mezcla de elementos que participan igualmente de cualidades diversas y se componen de partes que son simplemente cálidas, frías, etc., ó cálidas y húmedas, cálidas y secas, etc., de ahí, pues, los caracteres de los distintos *humores* cuya mezcla constituye los temperamentos. La sangre es cálida y húmeda, la bilis cálida y seca, etc., las enfermedades son, por lo regular, el resultado del exceso en que se halla alguna de dichas cualidades en los humores, lo cual da por resultado la *acrimonia*. Para combatir las enfermedades no hay más que oponerles remedios con cualidades completamente contrarias; por ejemplo, á las afecciones que provienen del frío húmedo, remedios que tengan cualidades cálidas y secas. Este sistema se conoce también muy especialmente con el nombre de *humorismo*.

Después de Galeno ya no se encuentran más que compiladores ó abreviadores como Cœlius, Oribase, Pablo de Egina, Aetius. Hacia el siglo VIII los que más se distinguen en el cultivo de la medicina son los árabes, los cuales en Bagdad y en Córdoba fundan escuelas muy florecientes. Rhazés, Avicena, Albucasis, Averrhoes, armonizan las doctrinas de los médicos griegos con las de la Persia y de la India y realizan además algún progreso en química y farmacia.

Durante la Edad Media, en la Europa cristiana sólo ejercitaban la medicina y hasta la cirugía los clérigos. En el siglo XI se estableció en Italia, bajo el patronato de los benedictinos, la *Escuela de Salerno*, de la cual fué una lumbrera el cartaginés Constantín: en ella se coleccionan, se traducen y se comentan las obras de Hipócrates, Galeno y de los árabes. Es célebre por sus aforismos en versos latinos redactados por Juan de Milán hacia el año 1100. Cuando se hubieron fundado las Universidades, volvió á enseñarse públicamente la medicina; en el siglo XIII tuvo cátedras en París, Montpellier, Bolonia, etc. Los Papas fueron los organizadores de las facultades y los que para distinguir los diversos grados de instrucción instituyeron la colación de grados y crearon el título de *doctor*.

En el siglo XVI, Paracelso (1526) es el primero que se atreve á levantarse contra la autoridad de Galeno y, amalgamando varios desvarios astrológicos y cabalísticos con algunos conocimientos de química, crea una especie de medicina química que llama *spagirica*. El cuerpo humano, según él, además de los cuatro elementos de los antiguos, contiene mercurio, azufre y sal; la corrupción de este elemento engendra las enfermedades; para curarlas conviene purgar por medio de remedios minerales, el mineral corrompido; á este objeto emplea oro, mercurio, antimonio, arsénico, etc. Los sucesivos descubrimientos hechos en anatomía, ciencia que hasta el siglo XVI no se valía para los experimentos más que de cuerpos de animales, porque las preocupaciones entonces reinantes eran un obstáculo para que se abriera el cuerpo humano, el conocimiento de la circulación de la sangre (1617), de los vasos cilíferos, del canal torácico, etc., etc., derribaron por completo el edificio galénico, y la Facultad de París dió la última mano á la obra destructora aprobando el uso del antimonio (1666) que aquel sistema había proscrito desde mucho tiempo. Sylvius intentó sustituir el sistema de Galeno por uno nuevo. Según él, las enfermedades provienen de que los ácidos y álcalis se hallaban con exceso en los humores y les comunicaban una *acritud* mórbida; para hacerla desaparecer bastaba oponer á los ácidos los álcalis y recíprocamente: esta nueva indicación se conoce con el nombre de *medicina quínicatrica*. Sydenham volvió á poner en práctica el método de observación, y mereció el glorioso nombre de *Hipócrates inglés*. Con todo, Hoffman y Stahl pronto inventaron nuevos sistemas y pretenden explicarlo todo, el uno por medio del *mecanismo* y el otro por el *animismo* (acción inmediata del alma, principio de la vida). Al principiar el siglo XVIII Boerhaave ensayó, como lo había hecho Galeno en la antigüedad, una vasta síntesis, en la cual, á pesar de la marcada tendencia hacia el mecanismo, tomó de sus antecesores todo cuanto creyó aceptable en su doctrina. Adorando las ideas de Stahl, realza Borden el principio vital, demasiado olvidado por la escuela de Boerhaave. Barthez sigue con gran éxito en Montpellier las doctrinas espiritualistas y separa con precisión las leyes de la vida de las leyes inorgánicas. Haller produce sus admirables investigaciones sobre la *irritabilidad*, y bajo este aspecto sujeta la medicina á la psicología; Brown sustituyó la *irritabilidad* de Haller por lo que llamaba *incitabilidad*, estableciendo un sistema según el cual todas las enfermedades provienen de un exceso de fuerza (*afecciones sténicas*) ó de un exceso de debilidad (*astenia*), si bien en su sentir es mucho más frecuente esta última causa, por lo que recetaba muy á menudo el uso de los *estimulantes*. Rasori supone también la salud en el equilibrio del *stimulus* y del *contro-stimulus*, pero, al contrario de Brown, cree que las enfermedades proceden muy á menudo del exceso de *stimulus*, y en su consecuencia recomienda el *contro-stimulus*; este sistema ha recibido el nombre de *Contra-stimulismo*. Más tarde Broussais hacía proceder todas las enfermedades de un principio único, la *irritación*, y creaba, para combatirlas, un método también único, la medicación *antiflogística*; su doctrina se conoce con el nombre de *doctrina fisiológica*. Debemos añadir que á últimos del siglo pasado, el doctor Mesmer recomendó como procedimiento terapéutico, completamente nuevo, el *magnetismo animal*, que cuenta aún con numerosos adeptos, y que en nuestros días, la *hidropatía* ó *hidroterapia*, puesta en práctica por un aldeano de Silesia llamado Priessnitz, se emplea como medicación pode-

rosísima contra un gran número de afecciones. Por último, Hahnemann, fundándose en la observación de que una afección se cura por una afección análoga, partiendo de este supuesto deduce, que por medio de ciertos medicamentos tomados en *dosis infinitesimales*, se pueden provocar enfermedades ficticias ó curarlas á voluntad, creando de esta suerte el *método sustitutivo* ó *Medicina homeopática*.

Al propio tiempo que se desarrollaban estos sistemas, Morgagni creaba la anatomía patológica; Bichat transformaba la anatomía; Jenner descubría la vacuna; Corvisart daba gran impulso al estudio de las enfermedades del corazón; Avenbrugger enseñaba la *percusión*, Laennec la *auscultación*, y Pinel proponía nuevos tratamientos para los alienados, haciendo caer en desuso las medidas de violencia contra ellos hasta entonces empleadas.

En la actualidad al espíritu de sistema parece que le ha sustituido un prudente eclecticismo. Se estudia con preferencia la anatomía patológica; se precisan las partes en donde se desarrollan las enfermedades; se describen las diversas alteraciones que las mismas producen, y los estudios se encaminan preferentemente á las investigaciones con el auxilio del microscopio y al análisis de los líquidos. En general los trabajos que se publican no son más que monografías.

* * *

Fabia Dolabella aseguraba á una amiga suya, que no tenía más que treinta y seis años, y no queriendo la amiga creerlo, lo preguntó á Cicerón, que estaba presente:—No lo dudéis, dijo el orador romano; veinte años hace que conozco á Fabia, y siempre la he oído decir lo mismo.

* * *

Talleyrand había adoptado un medio muy ingenioso para echarse de encima los autores que le hacían el obsequio de un ejemplar de su libro. Nunca tardaba en darles las gracias. Al día siguiente del regalo, los autores recibían una atentísima carta en la cual les decía: «*Estoy persuadido de que la lectura de vuestra obra me causará tanto placer como gusto me ha dado el recibirla.*»

—Es muy bueno, decía Talleyrand, eso de contestar sin retardo, porque así uno se dispensa de leer la obra; mientras que si se dejan pasar días, por política tendría uno que mentir.

* * *

Un criado gallego recibió de su amo orden de echar al correo todas las cartas que encontrase cerradas sobre la mesa del despacho. Un día encontró varias cartas que aún no llevaban puesto el sobre y las echó al buzón.—¡Cómo! le dijo el amo, ¿no has visto que las cartas no llevaban sobre?—¡Señor! ¿yo creí que usted quería que no se supiese á quién iban dirigidas?

* * *

No hay mañana que deje de convertirse en ayer.—PROVERBIO PERSA.

* * *

Ir á la guerra, navegar y casar, no se puede aconsejar.—REFRÁN CASTELLANO.

* * *

No te cases con mujer rica, porque tus hijos serían enemigos natos del trabajo.—PITÁGORAS.

* * *

Muchos se quejan de su memoria, mas nadie se queja de su entendimiento.—LA ROCHEFOUCAULD.

* * *

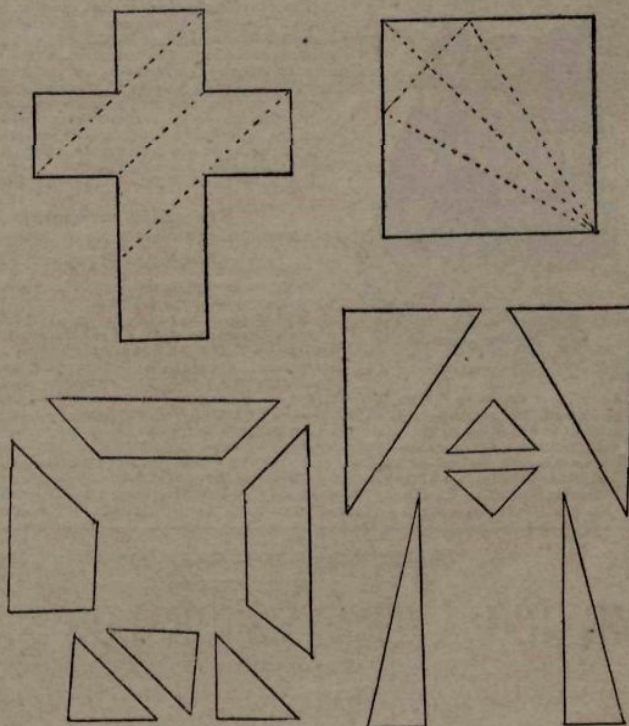
Todo el secreto del arte de alargar la vida consiste en no acortarla.—FEUCHTERSLEBEN.



Solución á la charada anterior:

TO-RE-RO

Solución á los problemas:



Solución al logogrifo numérico:

BÉLGICA

Idem al rombo:

A
ANA
ARTÉS
ANTONIO
MANTA
PIO
O

CHARADA

*Una dos, de grande estima
goza, y oportunamente
tomada, evita á la gente
que tengan de usar dos prima.*

X.

FUGAS DE CONSONANTES

.O .O.O. .O.O. .O.O.; | .a .a.a .a.a. .a.a;
.O.O. .O .O.O. .O.O. | .a .a.a .a.a .a.a

JUAN NONITO.

CÉSAR Y MINCA

EL ESTABLECIMIENTO MÁS IMPORTANTE
DE EUROPA PARA LA EDUCACIÓN DE LOS PERROS DE CAZA

Medallas de oro y plata de Gobiernos y Sociedades

ZAHNA (REINO DE PRUSIA)

ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1838

Procedores de S. M. el Emperador de Alemania, de S. M. el Emperador y de S. A. R. el Gran Duque Pablo de Rusia, de S. M. el Sultan de Turquía, de S. M. el Emperador de Marruecos, de S. M. el Rey de los Países-Bajos, de S. M. la Reina de Italia y de S. M. la Reina de los Países-Bajos, de S. A. R. el Príncipe Carlos de Prusia, de S. A. R. la Princesa Aibrecht de Prusia, de muchos Príncipes Imperiales y Reales, de Princesas reinantes, etc., etc.

Especialidad en perros de lujo y perros de guarda, desde los más grandes perros de raza de Olm y perros montañeses, hasta los más pequeños perros de Salón, así como perros de parada, perros de caza, Bassets, Pachones y Lebreles, perfectamente amestrados, cachorros y perros no amestrados con las mayores garantías. Precios corrientes, ilustrados, en francés y en alemán, franco de portes. Quinta edición en alemán y en francés de la obra titulada «Cria, cuidados, modo de adiestrar las nobles razas caninas y tratamiento de sus enfermedades» con 50 dibujos de perros de raza, casi todos recompensados con primeros premios. Marcos 10.—Francos 12,50.—Rublos 5.—Florines 6.



Exposición permanente
de muchos centenares de perros en venta
(Estación de Wittemberg)

«Wittemberg Tageblatt» (Gaceta de Wittemberg) del 14 de Octubre 1892.

«El parque de perros y volateria de nuestra ciudad ha tenido ayer un día de gloria. S. M. la Reina de Italia ha mandado hacer a Mr. Otto Friedrich, propietario del parque, un encargo de perros que ha sido ya expedido directamente

á la dirección de la Reina, Villa Beata de Monza. Casi al mismo tiempo llegó un autógrafo del príncipe Abdul Medjed del Palacio Ferieh, de Constantinopla, por el cual el Príncipe avisa la llegada de un gran envío de palomas, expresando su satisfacción y encarga de nuevo, como lo hizo 4 años atrás, un número bastante importante de perros. Acaba de salir de Zahna una gran partida de gallinas para Valdirisi (Chile), una pareja magnífica de grandes lebreles ingleses para el Príncipe Ibrahim Pacha Achmet de Alejandría (Egipto), y un perro de raza de Olm y un perro de caza á su Excelencia Saib Bey de Bebeck, sobre el Bósforo.»

Edición monumental

MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

OBRA ESCRITA POR

Arias (D. Juan de Dios), Chavero (D. Alfredo), Riva Palacio (D. Vicente),
Vigil (D. José María), Zárate (D. Julio)

Esta suntuosa edición consta de cinco tomos ilustrados con riquísimos grabados, cromos láminas sueltas, y regalo de una espléndida oleografía de gran tamaño al final de cada tomo. Se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno, y el coste total de la obra es de 157 pesetas.

LA TIERRA SANTA

FOR

D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.



Limpíalos la Sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendación parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA POR EMILIO BOUANT

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
—
FÉCAMP
—
LICOR
EXQUISITO Y DIGESTIVO
—
SIN RIVAL



DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

CRISTÓBAL COLÓN

FOR JOSÉ MARÍA ASENSIO

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^{as}, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^{as} — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^{as} — Málaga; don Luis Duarte.